



[cultura]

Museo Militar de BURGOS

En su nueva sede del Palacio de Capitanía,
la institución ofrece un recorrido dividido en
áreas temáticas y con elementos interactivos



A la izquierda, maqueta del castillo de la ciudad que da la bienvenida a los visitantes. Tras ella, destaca un singular desfile en miniatura. Sobre estas líneas, panorámica de la sala que enseña la evolución de la Bandera. A la derecha, capote, ejemplo de su colección de uniformes. Bajo estas palabras, visión parcial de la institución burgalesa, con otras muestras de sus indumentarias, armas y otros objetos, entre ellos, una máquina de cifrado *Enigma*, al fondo en la vitrina de la fotografía.



EL Museo Histórico Militar de Burgos comienza el nuevo curso en su flamante y singular sede del Palacio de Capitanía. La institución, inaugurada el 11 de junio de 1987 en el acuartelamiento burgalés *Diego Porcelos* —entonces, Academia de Ingenieros—, estrenó el pasado mayo esta segunda casa, cuya ubicación, en pleno corazón de la capital castellana, «nos permite estar más cerca de nuestros visitantes potenciales», asegura su director, el capitán Santiago Puente.

Este verano, el propio responsable del museo resaltaba que «ya se ha incrementado el número de visitas», tras repasar algunas de las positivas condiciones de la nueva localización, como que la citada Capitanía «es uno de los inmuebles destacados de la ciudad». «Está en el casco histórico —aclara—, a unos 200 metros de la catedral y en torno a 900 del Complejo de la Evolución Humana, centro de estudio de los hallazgos de Atapuerca». «Además, el Camino de Santiago que cruza Burgos pasa por delante de nosotros», concluye el titular de la institución.

Entre las aspiraciones y proyectos del museo para obtener la máxima visibilidad y divulgación de sus fondos está sellar la credencial del peregrino, necesaria para obtener la Compostela —documento que acredita haber realizado al menos los últimos 100 kilómetros del camino a pie, 200 si es en bicicleta—, comenta el director, quien además apunta que «justo enfrente de la puerta, en la calle de la Concordia, tenemos una oficina de Turismo».

SIN BARRERAS ARQUITECTÓNICAS

Otra iniciativa para acercarse a sus visitantes potenciales puesta en marcha por el museo en su actual andadura es contar con medidas para facilitar el acceso a todos los públicos, con rampas y sistemas anti barreras arquitectónicas, y con la inclusión en su discurso expositivo de áreas denominadas *Ver y tocar*, destinadas especialmente a las personas con problemas de visión y creadas en colaboración con la Fundación ONCE.

Aunque —explica el director en este punto—, «al ser elementos interactivos, también llaman la atención de nuestros visitantes más jóvenes». Entre los fondos aquí incluidos, figura un mapa en relieve para localizar Burgos, un casco de instrucción, que el público se puede



Edificios emblemáticos de las antiguas V y VI Región Militar sirven de escenario a los 4.928 soldaditos de plomo que recrean un particular desfile de los años cincuenta.



Vitrina sobre la Guerra de la Independencia, con el sable de *El Empecinado*. Abajo, morteros y bolaño, proyectil que se permite «ver y tocar».



probar, y un proyectil de cañón, un bolarlo, que pesa 22,8 kilos y que más de uno se atreve a mover, comenta Puente.

La citada munición se encuentra expuesta entre dos morteros de los siglos XVIII-XIX, uno de ellos de fabricación francesa, de la época de Napoleón, y el otro, coetáneo suyo, ya que está fechado en el período en que Fernando VII aún era Príncipe de Asturias.

«El fin de que estas tres piezas aparezcan juntas es ponerlas en su contexto, en aras de una mayor claridad para el visitante», comenta el director, quien destaca que, «en esta nueva etapa, se ha buscado un discurso moderno y didáctico, con menos piezas, que se presentan de una forma más próxima al espectador».

Otra vía más para llegar mejor a los potenciales visitantes del museo.

DISCURSO EXPOSITIVO

Para cumplir su objetivo de contar la historia de España y de Burgos desde la experiencia de sus ejércitos, la institución organiza su recorrido en cinco grandes bloques: *Burgos, plaza militar; La vida militar, El Ejército en Burgos, Acciones de guerra y Banderas*, aunque prepara

ya un nuevo espacio dedicado de forma específica a la evolución del armamento.

Así, cruzados el umbral del museo y el zaguán de la Capitanía, no sin antes echar un vistazo a la imponente escalera imperial del edificio, el visitante se encuentra con la tradición burgalesa y su castillo.

TODA UNA ATALAYA

Recrea la fortaleza una maqueta a la que no le falta un detalle. Cuenta hasta con sus «vivaqueras». Refugios hechos con maderas apostadas en los muros para pasar la noche ante la falta de espacio en las dependencias de la plaza.

El castillo, sobre el alto que domina la ciudad, rememora su papel y el de la capital castellana en la Guerra de la

El nuevo emplazamiento del museo acerca la institución a los visitantes

Independencia, ya que fue Napoleón quien lo rehabilitó y puso en valor para hacerse fuerte frente a los burgaleses.

Tras él, casi 5.000 «soldaditos» recrean un desfile de los años 50 aunque con alguna licencia. Si el visitante se fija, encontrará que su autor, Ramón Soler, a incluido una sección de Mozos de Escuadra (Cataluña), y que el jefe de la unidad paracaidista «rompe» la formación.

Todas esas figuras tienen como escenario las pinturas a la acuarela de Rafael Griega, con edificios emblemáticos de las antiguas regiones militares V y VI.

CURIOSIDAD POR LA SANIDAD MILITAR

Casi de inmediato y entre otros fondos, la mirada —sobre todo la de los más pequeños, según cuentan en el museo— se fija en una vitrina sobre la sanidad en el mundo castrense, con instrumentos quirúrgicos y que sumergen al visitante en *La vida militar*.

Aquí se exhiben, por ejemplo, equipos de medición usados por ingenieros militares y de comunicación, como sendos modelos de la máquina de cifrado alemana *Enigma* y del también germano teletipo *Feldhellwchreiber*, que empleó la Legión.

Un edificio singular

Dos pares de pequeños torreones rematan la fachada principal del palacio de la Capitanía de Burgos. Éstos recuerdan al inmueble renacentista que ocupó el solar del actual edificio castrense: una construcción típica de la alta burguesía del momento.

Precisamente, por sus atalayas, fue conocida como la Casa de las Cuatro Torres. Un rasgo que siempre llenó de orgullo a sus acomodados propietarios, explica el libro que sobre el palacio ha editado el Cuartel General de las Fuerzas Pesadas, responsable del mismo. Además, en él, tiene su despacho y residencia el comandante militar de la ciudad.

La presente edificación, ya concebida para ser Capitanía, data de principios del siglo XX (1907). Su proyecto y ejecución se debió al arquitecto municipal Saturnino Martínez, quien apostó por la simetría y la proporción para dar prestancia a la construcción.

En su fachada principal, destaca la balconada del primer piso, los ventanales decorados al «más puro estilo gótico flamígero» y los escudos de España y de Burgos que rematan en su centro este acceso monumental.

Al cruzar su puerta, en apenas unos pasos arranca de su zaguán una escalera imperial que asciende a la parte noble del inmueble, cuya decoración se inspira en la época de los Reyes Católicos y en la que destacan sus vidrieras. También en este espacio sobresale el cuadro de Casado de Alisal *La rendición de Bailén*.

El salón de Corte o del trono es la última gran estancia del palacio y, en la actualidad, acoge más de una cita cultural organizada por las Fuerzas Pesadas, lo que permite a burgaleses y foráneos acercarse a este singular y centenario inmueble.

Las maquetas y fotografías históricas son el principal centro de atención del siguiente espacio. Unas y otras completan la visión sobre la presencia de *El Ejército en Burgos* con un recuerdo especial a los caídos del regimiento *San Marcial* y a maese Calvo, ilustre orfebre burgalés.

El levantamiento contra Napoleón ya apuntado es uno de los espacios propios en el área dedicada a las *Acciones de Guerra*. En él, son especial punto de atención el cura Merino y *El Empecinado*, dos héroes guerrilleros de la lucha contra los ejércitos del emperador Bonaparte nacidos en tierras burgalesas.

La guerra contra la Francia napoleónica, sin embargo, no es la única referencia en este bloque, donde están asimismo representadas las contiendas fratricidas del XIX —las carlistas—, y del XX —la Civil—, con fondos que recuerdan a los contendientes enfrentados.

Los conflictos de África del XIX y principios del XX y la participación de las Fuerzas Armadas españolas en las misiones de paz de las últimas décadas también cuentan aquí con su recuerdo.

EVOLUCIÓN DE LAS BANDERAS

Toda una sala está dedicada a las antepasadas de la Bandera Nacional. Casi en penumbra, como marcan los requisitos para la conservación de los textiles, y junto a diferentes estandartes de unidades del Ejército, la Enseña evoca su historia.

El modelo fue elegido por Carlos III para la Marina de Guerra y con el fin de destacarse de las otras armadas del mundo. Bajo el reinado de Isabel II —explica el museo—, se amplió su uso al Ejército.

Se unificó así la Bandera, que en su centro llevaría un escudo con las armas reales, según real decreto de 1843.

La I República cambió la corona real por otra mural y añadió los cuarteles de Navarra y Aragón a los ya existentes de Castilla y León, además de las columnas de Hércules. Pilares que —comentan en el museo— son las fuentes de inspiración de las dos barras que cruzan la S del dólar estadounidense.

La Restauración mantuvo el modelo, pero la II República, al considerarlo propio de la monarquía destronada, lo cambió e introdujo el color morado.

La enseña bicolor regresó tras la Guerra Civil, colores que se mantienen hoy.

Esther P. Martínez

Fotos: Hélène Gicquel

